

El espíritu de la hacendera

Hace ya muchos años que el filósofo canadiense McLuhan expresó la idea de “aldea global” para referirse al mundo actual donde los medios de comunicación han aumentado la conectividad humana exponencialmente y han reducido al planeta al tamaño de una aldea en la que todos se comunican y se relacionan.

Esta idea se ha hecho más que evidente en estos tiempos que corren en los que la banda ancha llega a todos los rincones. Pero ahora podríamos hablar más que de aldea global, de “ciudad global”: la cultura urbana ha invadido el mundo rural y ha arrinconado en guetos a la cultura tradicional o –en la mayoría de los casos- la ha aniquilado y ha ocupado su lugar. En pocos lugares se han armonizado los dos valores; en Santibáñez, la ADC Río Tuerto ha dedicado sus esfuerzos a esta tarea desde hace más de 30 años.

En la circunstancia actual, la contraposición de los estilos de vida urbano y rural muy marcada antaño se ha difuminado hogaño. No obstante, creo que desde nuestro “urbanizado” entorno rural podemos tener una perspectiva más plural y rica que la que tienen quienes se mueven en un entorno exclusivamente urbano. Tenemos la suerte de haber nacido en un pueblo. Perdamos, pues, todo complejo por “ser de pueblo”. Hoy día los paletos, quienes tienen una visión roma y cateta de la realidad, quienes no saben distinguir una lechuga de una remolacha y creen que las patatas crecen en los árboles, cuya única habilidad conocida es llevar la gorra al revés y –si acaso- pintarrajear paredes, pululan por los barrios de las ciudades.

Desde siempre, en todas las épocas, se ha intentado huir del mundanal “ruido” urbano y buscar el reposo y la armonía en la naturaleza, siguiendo los pasos de los “pocos sabios que en el mundo han sido”. “La vida de la aldea es más quieta y más privilegiada que la vida de la corte”, dice el escritor renacentista Antonio de Guevara en su libro Menosprecio de corte y alabanza de aldea. Y también contrapone que en las ciudades “todos dicen «haremos» y ninguno dice «hagamos»”. Nuestros jóvenes son del “hagamos”, y así lo vienen demostrando desde hace más de tres décadas. El árbol que se plantó en 1980 ha echado hondas y firmes raíces y sus frutos son año tras año generosos. Hay que agradecer a los jóvenes de la ADC Río Tuerto sus trabajos, obras y afanes, su esfuerzo infatigable y su dedicación constante para la promoción de la cultura y el deporte en la comunidad de Santibáñez y en su entorno desde hace tantos años. Sin nuestra asociación, Santibáñez no sería el pueblo que es.

Hemos recogido el testigo de nuestros mayores. Esta capacidad de nuestra juventud para el trabajo asociativo y comunitario, para el esfuerzo y la generosidad, es una cualidad heredera, sin duda, de la unión y solidaridad que cimentaba la vida del pueblo antaño y que se manifestaba siempre que –por alguna circunstancia-un vecino tenía necesidad de la ayuda de los demás o en trabajos colectivos como el acarreto, la vecera o la hacendera.

Y llegó el momento de la fiesta. Ha pasado un año y volvemos a encontrarnos en el pueblo los vecinos habituales con los amigos y familiares que conservan viva la raíz de Santibáñez. Nuestros jóvenes se superan cada año a sí mismos. La Fiesta de la Amistad presenta como siempre un programa amplio y con actividades para que todos encuentren su momento de disfrute. Que corra la alegría, que nos inunde la diversión y que siga renovándose cada año este encuentro en la amistad.

¡Qué bien se ve Santibáñez cuando se está lejos! Cuanto más lejos, más se gana en perspectiva y en comprensión. La ADC Río Tuerto es la savia que mantiene vivo a Santibáñez y esa savia es la herencia de nuestros mayores. Es el espíritu de la solidaridad y de la unión; es el espíritu de la hacendera.

Enrique Fernández Fernández